

2
240



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS MODERNAS

ANÁLISIS DE TRES CUENTOS DE MARGUERITE YOURCENAR



T E S I S * N A
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN LENGUA Y
LITERATURA MODERNAS
(LETRAS FRANCESAS)
P R E S E N T A :
GERARDO BALDERAS OLACHEA

MEXICO, D. F.

1993

TESIS CON
FALLA DE ADICION



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Í N D I C E

	Pág.
Introducción	3
"Notre-Dame-des-Hirondelles"	8
"L'homme qui a aimé les Néréides"	17
"Kâli décapitée"	23
Conclusiones	31
Notas	35
Bibliografía	43
Apéndice: Los textos	46

I N T R O D U C C I Ó N

En 1938, Marguerite Yourcenar publica en Francia una recopilación de diez relatos escritos a lo largo de varios años y que fueron inspirados por las lecturas de la autora y por su descubrimiento del Oriente. El libro aparece con el nombre de Nouvelles orientales.^{1*} En esta obra se pone especialmente de manifiesto la fascinante atracción que ejercía sobre la escritora el Oriente, cuyo pensamiento y literatura amaba profundamente.

Lo relatado en estos textos no sólo ocurre en Extremo Oriente, sino también en la India e incluso en Grecia y en los Balcanes², "mais après tout la Grèce et les Balkans, c'est déjà l'Orient, du moins pour le XVIII^e ou le XIX^e siècle".³ Tal vez esta idea viene del hecho de que los turcos invadieron y convirtieron en provincia suya a Grecia en 1460 y no fue sino hasta 1829 que Turquía reconoció la independencia helena.⁴

*Las notas y la traducción de las citas se encuentran después de las conclusiones.

La realidad, el sueño y la poesía se hacen presentes a lo largo de esta colección, además del mito, que tiene un lugar preponderante, como la autora misma lo afirma:

"ce sont les années au cours desquelles [1932-1939] la notion même de mythe a joué un rôle vraiment essentiel"; notion dont seront nourris trois des ouvrages écrits pendant cette période: Feux, Nouvelles orientales et Les Songes et les Sorts.⁵

EL MITO Y LA RELIGIÓN

En la antigüedad, el hombre tenía en general un profundo sentido de lo religioso y de lo sagrado; su vida cotidiana estaba indisolublemente ligada a la presencia de lo divino en todo lugar y en todo momento. Para el hombre primitivo el mito no era (como frecuentemente se piensa en nuestros días) una leyenda o una fábula, sino un relato verídico de algo que auténticamente sucedió. En las sociedades arcaicas, el mito era la base misma de la vida social y de la cultura. Para esas sociedades, el mito expresaba la verdad absoluta porque contaba una historia sagrada, es decir una revela-

ción que iba más allá de lo humano y que tuvo lugar al principio de los tiempos. El mito era la única revelación aceptable de la realidad. En aquellas sociedades el hombre encontraba en el mito el origen de su existencia.

Las sociedades modernas han desacralizado la vida y su interpretación. Comparándolo con las sociedades tradicionales, donde el mito juega un papel esencial, el mundo moderno parece desprovisto de mitos aunque éstos subyacen laicizados, desvirtuados. En las sociedades actuales se han creado símbolos colectivos que han venido más o menos a sustituir de cierta forma a los mitos primitivos, tales como el lujo, la comodidad, el poder económico, la belleza, la juventud... desprovistos totalmente de un sentido de religiosidad y de trascendencia.

Es justamente esta dimensión sagrada del mito la que llamó nuestra atención en los tres relatos elegidos de los diez que se incluyen el Nouvelles orientales. Estos textos son "Notre-Dame-des-Hirondelles" ("Nuestra Señora de las Golondrinas"), "L'homme qui a aimé les Néréides" ("El hombre que amó a las Nereidas") y "Káli décapitée" ("Kali decapitada"). En efecto, en éstos, a diferencia de los otros relatos de la colección, Marguerite Yourcenar trata de una forma particular lo sagrado según se entendía en las sociedades arcaicas: algo intrínseco a la cotidianidad de la vida humana. La escritora rescata ese tiempo y esos personajes que no establecen diferencia alguna entre lo sagrado y lo que se vive todos los días. La perspectiva propuesta por Yourcenar reco-

bra el valor del mito como un hecho que realmente sucedió al principio de los tiempos y funde lo sagrado con lo humano.

Para acercarnos a la sensibilidad de estos personajes que explican su existencia en un marco mítico habremos de apoyarnos en la interpretación de ciertos símbolos que pertenecen no sólo a esos contextos sino que forman parte del patrimonio universal.

Por otra parte, a Marguerite Yourcenar no le importa si la divinidad es nombrada Alá, Yavé, Buda o por medio de otras apelaciones. El nombre no le interesa; para ella lo relevante es la presencia divina en nuestra vida y en lo que nos rodea; la divinidad de un ser supremo inundándolo todo, las ceremonias religiosas y ritos que todavía nos ponen en contacto más directo con la deidad. En las narraciones citadas, esto es lo que literalmente toma cuerpo con base en los mitos orientales, cristianos y griegos. En los tres escritos se produce la manifestación palpable de la divinidad entre los hombres, pero es sobre todo en "Notre-Dame-des-Hirondelles" donde se revela la concepción de lo sagrado cotidiano, sentimiento que al experimentarlo llena de paz y alegría porque muestra el misterio del mundo, sin necesidad de comprenderlo con la razón y el intelecto. "Il y a des domaines, comme la religion ou la poésie, qui doivent rester obscurs. Ou éblouissants, ce qui revient au même".⁶

En "L'homme qui a aimé les Néréides", veremos la felicidad inevitable que nace del contacto directo del ser humano con la divinidad.

"NOTRE-DAME-DES-HIRONDELLES"

En el "Post-scriptum" de la colección a la que pertenece "Notre-Dame-des-Hirondelles", podemos leer que esta narración contiene "une fantaisie personnelle de l'auteur, née du désir d'expliquer le nom charmant d'une petite chapelle dans la campagne attique".⁷

Personajes principales de este relato son las ninfas que habitan una región campestre de esa comarca griega y que un monje celoso de su tarea evangelizadora, quiere hacer desaparecer a toda costa. Al final del relato, vemos cómo el monje acaba por aceptar que estas criaturas no son malignas, pero sólo hasta que han sido convertidas en golondrinas por Nuestra Señora.

Se tratará de mostrar que la autora quiere conciliar, en un mismo sentido de lo sagrado, la fe católica y otras tradiciones consideradas paganas, como el mito de las ninfas.

La naturaleza de las ninfas en este relato es, hasta cierto punto, contradictoria. Asumen valores opuestos según que el narrador hable de ellas desde su punto de vista o bien de la perspectiva

va del monje.

El narrador presenta a las ninfas de acuerdo a rasgos cono-
dos por el mito tradicional: divinidades acuáticas que suscitan
una veneración no exenta de miedo. Roban a los niños, viven en
los árboles o en cavernas por ser lugares húmedos y emergen de
las aguas.

El mito dice que si un hombre llega a ver a una ninfa, su es-
píritu es perturbado. No obstante, en el relato de Marguerite
Yourcenar, los muchachos se reúnen hacia el mediodía con el fin
de espiar a las diosas -hora propicia para la aparición de las
ninfas según la tradición- y nada les ocurre. Otro detalle que en
el texto de Yourcenar difiere de la versión mitológica es que si
uno de esos jóvenes bebe agua de algún manantial, regresa al pue-
blo sin hálito, temblando de fiebre y "ayant bu la mort avec l'eau
d'une source".⁸

En el relato que nos ocupa, a las ninfas se les atribuye otras
características que no corresponden al mito tradicional como lo
es el robo del ganado y les confiere otros aspectos como su forma
de ser traviesa, juguetona y alegre. Son llamadas asimismo "les
jeunes bêtes divines"⁹ y más adelante dice: "elles craignaient le
tonnerre, comme toutes les bêtes des bois",¹⁰ apuntando más bien a
una connotación de instintividad sin malicia, de inconsciencia.

El fraile, en cambio, en ciertos momentos también las asocia a

ciertos animales, pero refiriéndose exclusivamente al aspecto negativo de esas especies. Ahora bien, aunque tradicionalmente se piensa sólo en esa faceta, veremos que las lobas, serpientes, gusanos y cabras -como las llama el monje- también entrañan virtudes.

Lobas y lobos son carnívoros, feroces y despiadados. Pero recuérdese también la tradición vinculada con las lobas por ser las más solícitas nodrizas de niños muy pequeños, como en la leyenda de Rómulo y Remo.

El símbolo de la serpiente en el cristianismo, como ser maldito, data de la Edad Media, con la aparición de la leyenda de Adán y Eva. Es sorprendente saber que, por el contrario, en los orígenes de la religión cristiana e incluso hasta los siglos XII y XIII, Cristo redentor del mundo era representado como una serpiente de bronce sobre la cruz.¹¹

El gusano simboliza en su aspecto negativo la podredumbre y la muerte. En la interpretación de los sueños, el gusano es la imagen de intrusos que arrebatan o deterioran un cariño muy apreciado; este animal es referido asimismo a una situación material camino a la ruina. Sin embargo, también es símbolo del renacimiento y de la transición de la muerte a la vida, del estado larvario a la elevación espiritual; como en el caso de la crisálida que se vuelve mariposa.

En lo que concierne a la cabra, el evangelio habla de los bienaventurados que forman el rebaño de ovejas de Jesucristo, situado a su derecha, y el de los malditos representado por las cabras, a su izquierda. No obstante, en otras creencias, la idea de asociar este caprino a la manifestación de una divinidad es muy antigua: en China y en el Tíbet era la diosa del trueno, los germanos tenían la creencia de que la cabra Heidrun alimentaba con su leche a los guerreros del dios Odín y en el caso de los griegos, la nodriza de Zeus fue la cabra Amalthea.

A parte de esos apelativos que hacen referencia a animales, el monje también llama a las nereidas "les Malignes" y "les Maudites".¹²

En el texto no hay una marca explícita que delimite el punto de vista del narrador del enfoque del fraile. El lector identifica ese lindero en las formas tan opuestas de nombrar a los mismos seres. Si vemos que son designadas "les Malignes" y "les Maudites", por ejemplo, o por el nombre de algún animal en sentido peyorativo, podemos inferir que es desde el punto de vista del monje que son vistas las diosas. Si por el contrario, leemos "les Nymphes" o "les fées", por el contexto nos percatamos que ahora el punto de vista presentado es el del narrador, quien nunca dice -yo creo que...- para marcar que expresa sus ideas, y sólo algunas veces apunta -el monje pensaba que...- para representar lo que este personaje meditaba.

LA TRANSFORMACIÓN DE LAS NINFAS

La etimología del nombre del monje nos propone algunos rasgos reveladores del personaje. Therapion viene del griego $\Theta\epsilon\rho\alpha\pi\iota\omega\nu$: servicio, relativo a lo doméstico, culto rendido a los dioses, y de $\tau\epsilon\lambda\epsilon\upsilon\sigma$: fértil, rico, afortunado, que fertiliza o da fertilidad. En efecto, este religioso rinde ferviente culto a un sólo dios, al dios cristiano; está al servicio del evangelio predicándolo doquiera que va, propagando la semilla de la Palabra y fertilizando con sus obras la tierra que siembra, pues es un santo varón. Al final del relato, se verá satisfecho y aliviado al ver resuelto el conflicto entre la sabiduría de Dios y la existencia de las ninfas.

Pero, ¿cómo nace este conflicto? El viejo fraile llega a la región guiado por un sueño; ahí constata que la presencia de las ninfas perturba su labor evangelizadora lo mismo que su oración y descanso. Los habitantes de la región aceptan las dos creencias, pues creen en Dios lo mismo que en Jesús, hijo de María, pero también ofrecen ofrendas a las ninfas, quienes no son indiferentes a Dios, puesto que "à leur manière elles craignent Dieu".¹³ Es interesante abrir aquí un paréntesis para señalar de qué manera las nereidas ven a Cristo y a la cruz: las ninfas "fuy aient l'ombre de cette espèce de gibet sublime"¹⁴ y "reculaient d'horreur devant cette image du Supplicié"¹⁵, donde se subraya el

aspecto de dolor y sufrimiento de Jesús. Volviendo al conflicto del monje, lo más terrible para él es poner en duda la santa sabiduría del Señor por haber creado tantas criaturas innecesarias y dañinas, y Él, que es infinita bondad, -¡he aquí unas palabras terribles del monje!-, había creado a esos seres "comme si la création n'était qu'un jeu malfaisant auquel il se complait".¹⁶

El monje inicia una cacería contra las ninfas. Los habitantes de la región, que como habíamos señalado, temen a Dios, no dicen nada al respecto, lo que el fraile interpreta tal vez como una aprobación. Luego, con la ayuda de los más leales y osados de sus feligreses, Therapion logra acorralar a las ninfas en una cueva. Construyen una pequeña capilla a la entrada de la gruta, para que las diosas no puedan salir por ser aquella un lugar sagrado. Recordemos que ellas viven en grutas, entran y salen a su antojo, pero ahora no pueden traspasar el obstáculo sagrado que se les interpone.

Las deidades desfallecen poco a poco en su cautiverio. El monje desespera aguardando su extinción, cuando llega por un sendero del bosque una bella, joven y augusta mujer: la Virgen María, como podemos descubrir gracias a las alusiones al nacimiento y entierro del Mesías, su hijo.

Nuestra Señora hace reflexionar al monje sobre la paz de Dios, que se derrama sobre todas sus criaturas sin excepción. Y los faunos y las ninfas también son obra suya.

El anciano confiesa humildemente que las palabras de María son demasiado difíciles para su entendimiento. Sólo comprende que las deidades acuáticas alejan a sus fieles del camino de la salvación y anuncia que los perseguirá encarnizadamente, si es preciso hasta el averno, con tal de cumplir la misión que se le encomendó de alabar a Dios.

La madre del Salvador lo reconforta diciéndole que su celo no será ignorado y le pregunta si hay alguna manera de conciliar la vida de las ninfas y la salvación de sus fieles. El monje no da respuesta. Nuestra Señora pide al fraile permiso para internarse en la gruta.

En la historia de la salvación cristiana, las grutas ocupan un importante lugar simbólico. En una gruta nació el Mesías y también en la sepultura de una gruta nació a la vida eterna, con su resurrección.

Por otra parte, la caverna "figure dans les mythes d'origine, de renaissance et d'initiation de nombreux peuples".¹⁷

En las tradiciones griegas de iniciación, la gruta representa el mundo, interpretado por Platón como un lugar de ignorancia, sufrimiento y castigo donde los hombres están encadenados por los dioses. "La lumière indirecte qui éclaire ses parois vient d'un soleil invisible; mais elle indique la route que l'homme doit suivre pour trouver le bien et le vrai".¹⁸ Nuestra Señora es esa luz

que guía a las ninfas hacia la redención y las libra del sufrimiento de su castigo.

Asimismo, "de nombreuses cérémonies d'initiation commencent par le passage de l'impétrant dans une caverne ou une fosse: c'est la matérialisation du regressus ad uterum défini par Mircea Éliade".¹⁹ De este modo podemos ver que las ninfas aprisionadas en la caverna donde padecen el castigo infligido por el monje son guiadas por la Virgen, que es la madre de Jesús y de los hombres, hacia la salida de la caverna que representa el útero materno, donde se gestó su transformación y donde renacen a la libertad que les había sido arrebatada. En este renacimiento ya no son ninfas, son golondrinas y siguen, como cuando eran diosas, habitando en cavidades.

Para una tribu de Mali, las golondrinas son una manifestación del demiurgo²⁰ de las aguas y del verbo, y expresión suprema de la pureza. En China, antiguamente, se hacía corresponder la llegada y la partida de las golondrinas con la fecha de los equinoccios. El día del regreso de estas aves (equinoccio de primavera), se celebraban ritos de fecundidad. Para los musulmanes, las golondrinas son el símbolo de la renuncia y de la buena compañía.

Así, las ninfas, guiadas a la salida de la caverna por la luz que es Nuestra Señora, dejan de ser criaturas malignas para la labor evangelizadora del monje, son transformadas en golondrinas, cuyos atributos simbólicos ya señalamos, y cientos de ellas salen

volando de la gruta y se pierden en el cielo. Ya son también fieles del monje, cada año sin falta vuelven a la campiña y se meten a la capilla donde tienen contruidos sus nidos y alimentan a sus polluelos "et souvent le moine Thérapion s'interrompait dans ses prières pour suivre avec attendrissement leurs amours et leurs jeux, car ce qui est interdit aux Nymphes est permis aux hirondeles".²¹ La reconciliación entre dos creencias había sido realizada por la madre de Dios.

"L'HOMME QUI A AIMÉ LES NÉRÉIDES"

Este otro relato que trata de las ninfas cuenta cómo en una población rural de una isla griega, el joven Panegyotis pierde el habla y otras facultades a los 18 años por encontrar a las ninfas desnudas. Conocemos los hechos por medio del diálogo entre un turista y un rico comerciante de la isla.

En esta narración veremos cómo el encuentro de un hombre con las nereidas, debido a su belleza y a su misma naturaleza divina, puede acarrear consecuencias tremendas para el humano.

Por el papel crucial que juegan, ahora señalaremos las diferencias más notorias entre las nereidas de este relato, las de "Notre-Dame-des-Hirondelles", las del mito tradicional y de los fantasmas de la tradición anglosajona; éstos últimos porque el extranjero es de origen anglosajón y su interlocutor hace referencia a las apariciones de muertos en el país del viajero, comparándolas con las apariciones nativas.

Dice el mito tradicional que estas diosas turban la mente y el

espíritu de los hombres a quienes se les hacen presentes, siendo el mediodía la hora propicia para su aparición. Quien las encuentra es presa de un singular entusiasmo asociado a un trastorno mental, por eso es recomendable que alrededor de las doce del día no se acerque uno a las fuentes, manantiales, corrientes de agua o a la sombra de ciertos árboles. Mucho más tarde, se añade a esta tradición otro rasgo que es la locura que padece quien descubre una figura saliendo del agua, un sentimiento mezcla de miedo y atracción, la fascinación de las ninfas que lleva a la abolición de la personalidad de quien se enfrenta a ellas. La tradición griega no habla del carácter de las ninfas.

El comerciante de la isla, en "L'homme qui a aimé les Néréides", observa que los fantasmas "del norte", de donde es originario su interlocutor, tal vez sean menos peligrosos que las ninfas porque estos aparecidos son almas de gente que vivió y conoció el sufrimiento, al contrario de las nereidas de carne y hueso que no conocen el infortunio. Por otra parte, la aparición de los fantasmas de la tradición anglosajona es a las doce de la noche, hora exactamente opuesta a la aparición de las ninfas que la tradición griega señala a las doce del día. La recomendación que hace esta tradición de no acercarse a los lugares frecuentados por las diosas es desacatada por el joven Panegyotis, por eso ahora se encuentra en un estado parecido a la demencia, sin que el texto señale la hora del terrible encuentro.

Como mencionamos anteriormente, la tradición griega no descri-

be la personalidad de las diosas acuáticas, mientras que en "L'homme qui a aimé les Néréides", encontramos rasgos de su personalidad, mismos que comparte con las ninfas de "Notre-Dame-des-Hirondelles": estas divinidades son inatamente traviesas, "innocentes et mauvaises"²² como la naturaleza misma, ora beneficia al hombre ora lo arruina sin tener en lo absoluto conciencia de ello. Al no conocer la culpa, las nereidas están al margen del bien y del mal. Lo único que buscan es el amor de los hombres quienes no pueden negárselo porque son hermosísimas y es tal la pasión y la embriaguez del contacto entre las diosas y los hombres, que por eso quedan trastornados para siempre.

Esta especie de locura no ocurre a los hombres del relato "Notre-Dame-des-Hirondelles" cuando ven a las ninfas, incluso pueden espiarlas, lo que sí les afecta es beber agua de los manantiales.

Volviendo a "L'homme qui a aimé les Néréides" precisemos lo que sucede a Panegyotis como consecuencia del encuentro divino: está lleno de vértigo y estupor, se consume lentamente de languidez y deseo, enmudece para toda la vida porque no a cualquiera de revelar los secretos del amor. Además sus ojos pierden brillo, su mirada se hace vaga, fija y es capaz de contemplar el sol sin pestañear. El entendimiento le es arrebatado porque las nereidas lo idiotizan para hacerlo participar en sus juegos. Ya no trabaja, vagabundea por los caminos menos concurridos y mendiga sin otra ambición que conseguir para comer a penas lo necesario. Los

campesinos presumen que nunca envejecerá. Salió del mundo de los hechos para entrar en el de las ilusiones y conoce, gracias a las nereidas, un mundo femenino abismalmente opuesto al de las muchachas del pueblo, la embriaguez de lo oculto y el pasmo del milagro.

Observemos cómo estos cambios no se operan sólo a nivel físico en el joven sino también sobre el plano psicológico, y que no constituyen, como algunos podrían creer, una desventura, sino todo lo contrario. Esta perturbación no es forzosamente una desgracia. Hay quienes, como el rico comerciante Jean Démétriadis, llegan a envidiar la suerte de los amantes de las nereidas. La envidian porque en muchas ocasiones con ser un hombre rico y razonable no se encuentra exento de aburrimiento y vacío. Panegyotis ya no puede experimentar ni tedio, ni hastío, ni cansancio porque no vive más en el mundo de los hechos sino en el de las ilusiones, goza prácticamente, desde esta vida, de una especie de paraíso, sin ninguna preocupación mundana, en el éxtasis permanente que provoca el divino encuentro. A propósito de las ilusiones, Démétriadis piensa que "l'illusion est peut-être la forme que prennent aux yeux du vulgaire les plus secrètes réalités".²³ Acaso esto sea cierto puesto que no ver una cosa, no tocarla o no conocerla por alguno de los medios habituales no quiere decir que no existe sino que sólo forma parte de "les plus secrètes réalités" que no todos estamos llamados a percibir y por eso negamos su presencia o las confundimos con otros hechos, al igual que en el caso de Panegyotis, cuyo estado es visto por muchos como una enfermedad mental,

como demencia, cuando es, como observamos, nada menos que la dicha sin límites de convivir con las ninfas.

También se muestra en este relato cómo la riqueza material no lo es todo en la vida y que el hombre puede hacer planes sobre lo que va a realizar en su existencia, pero a fin de cuentas, es el azar o el destino el que conduce los actos del ser humano por el camino que la casualidad o la fatalidad trazan. Todos en la isla podían ver el camino ya trazado para Panegyotis por su familia: siendo hijo de un campesino verdaderamente rico, tenía el pan asegurado para toda la vida, además de las comodidades materiales que supone su clase. Era apuesto, poseía el amor de las bellas, los hombres lo envidiaban y, a veces, lo deseaban. ¿Qué más podía pedir este mancebo? Mas, no por haber perdido todo debemos suponerlo infeliz; ahora posee la dicha sin nombre de haber amado, y seguir amando, según dicen, a las hermosas nereidas.

Es curioso hacer notar que al final del relato, aparecen tres jóvenes americanas en quien podemos ver reflejadas, en primera instancia, a las nereidas vestidas de mujer; luego nos hacen pensar un poco en las Amazonas, mujeres cazadoras y guerreras, porque "elles pêchaient la nuit au trident à bord de leur propre barque et chassaient la caille en automne".²⁴ También cabe identificar en ellas a la escritora y a su amiga Grace Frick cuando vivían en la isla de Mont Désert, en la costa noreste de los Estados Unidos, porque las jóvenes extranjeras al igual que Marguerite Yourcenar y su compañera, "ne frayaient avec personne et se ser-

vaient elles-mêmes, de peur d'introduire une ménagère dans l'intimité de leur existence, s'isolaient enfin farouchement pour éviter les médisances, leur préférant peut-être les calomnies".²⁵

Pero en el fondo, las chicas norteamericanas del relato sólo eran tres mujeres comunes, por eso Panegyotis ni siquiera se percató de su presencia, sólo vivía para "les déesses d'or".²⁶

"KĀLI DÉCAPITÉE"

Kali, la diosa negra, diosa perfecta, es decapitada y echada del cielo de Indra por los dioses celosos de su perfección. Arrepentidos de su crimen, los inmortales bajan a la Tierra. Encuentran en un pantano la cabeza de la diosa y en seguida buscan su cuerpo. En la orilla se encontraba un cadáver decapitado que pertenecía a una prostituta; creyéndolo el cuerpo divino, los dioses le colocan la cabeza y reaniman a Kali. La diosa negra no vuelve al cielo de Indra. El cuerpo de la cortesana extraña los lugares de mala muerte que frecuentaba y la forma de vida que llevaba en los bajos fondos, así es que el cuerpo impuro con la divina cabeza vuelve a esos sitios y hace lo propio de una mujer de su clase. Vaga por los caminos y va de poblado en poblado entregándose a seres marginales como esclavos, condenados o mendigos.

A través de todo el relato, se presenta una serie de rasgos opuestos: valores, características, sentimientos, ideas que son en ellos mismos la contradicción unos de los otros. Estas oposiciones ilustran que el mundo terrenal e incluso el mundo divino no son totalmente malos o totalmente buenos.

El texto nos dice que Kali, "la Noire est horrible et belle".²⁷

El negro, en el mundo occidental, recibe connotaciones negativas. En el Oriente, reviste otros valores: es el símbolo superior de la no-manifestación y de la virginidad primordial, así Kali es negra porque reintegra en lo informal la dispersión de las formas y de los colores. El negro corresponde también a lo terrestre, instintivo y maternal; no sólo Kali es negra, también lo son varias diosas madres y varias vírgenes: la Diana de Efeso e Isis son representadas en negro; innumerables peregrinos veneran vírgenes negras en toda Europa como aquí en México se venera a la Virgen Morena; una piedra negra simboliza la Magna Mater sobre la colina Palatina; por otra parte también podemos mencionar la Kaba, piedra sagrada de la Meca, que es de color negro. Como símbolo de prudencia, sabiduría y constancia en la tristeza y en la adversidad, de este color, tenemos un ejemplo en el "Cantar de los Cantares": "Soy negra y sin embargo bella, hijas de Jerusalem".²⁸

¿Por qué es horrible...? Según la tradición hindú, Kali es representada bajo una forma terrible: una anciana muy delgada, ornada con huesos humanos, que abre la boca mostrando unos filosos colmillos y una lengua ensangrentada.

¿... pero también es bella? Para los devotos de la diosa, la apariencia no importa: según la creencia, ella está ahí para recordarnos que un día tenemos que morir y la muerte es horrible para quien no se ha refugiado en la Madre divina. Cuando esto ha sido entendido, dice un hinduista contemporáneo, "on s'aperçoit

que Káli n'est pas une vieille femme mais une jeune fille, sou-
riante et aimante".²⁹

Kali, según el mito hindú, es diosa de la muerte y diosa mater-
nal, como tal asume estas características en el relato que nos
ocupa:

Ceux qu'elle exterminait, elle les achevait
en dansant sur eux. Ses lèvres, maculées de
sang [como vimos en su representación tradi-
cional] exhalait une fade odeur de bouche
rie, mais ses embrassements consolait ses
victimes, et la chaleur de sa poitrine fai-
sait oublier tous les maux.³⁰

Y las oposiciones continúan entorno a ella: el dolor más profundo
y el consuelo más dulce brotan de la misma fuente. Lo mismo que
la Kali tradicional, la Kali decapitada va a los cementerios
para roer los huesos pues sólo se alimenta de carne.

Por otra parte, los dioses descienden a este mundo para re-
parar su falta, y atraviesan los nueve purgatorios donde los huma-
nos pagan sus culpas; las divinidades "s'étonnaient de trouver
chez les hommes cette imagination infinie du Mal".³¹ Podríamos es-
perar que no se sorprendieran pues ellos mismos decapitaron y
echaron del cielo a la diosa perfecta, Kali, celosos de su vir-
tud. Los inmortales aquí comparten con los hombres los mismos sen-
timientos ruines. Luego se arrepintieron, también algunos hombres
se arrepienten de sus faltas. Los dioses son desmitificados como

prototipo del bien y de la justicia y están más cerca de los hombres no por la perfección de éstos sino por los defectos de aquéllos.

La prostituta se hallaba decapitada porque había entorpecido las meditaciones de un Brahamán y esa fue la razón de su castigo. No podemos dejar de recordar en esta parte a las traviesas ninfas que perturbaban con sus juegos las meditaciones del sacerdote en "Notre-Dame-des-Hirondelles".

Otro rasgo que emparenta a Kali con las nereidas es provocar la perdición de los hombres: "elle devient la séductrice des enfants, l'incitatrice des vieillards, la maîtresse despotique des jeunes hommes".³²

Al final del relato, se nos cuenta cómo la vagabunda Kali, a la orilla de un bosque, se topa con el Sabio. El aspecto de este hombre no permite afirmar si es muy joven o un anciano, está rodeado por un halo de luz. Kali siente que llega su hora, que por fin será liberada y descansará para siempre, momento en que "la vie et la mort seront également inutiles, âge où Tout se résorbe en Rien".³³ Una conjunción más de los opuestos.

La diosa es presa de sentimientos contradictorios, le horroriza continuar viviendo y teme a la muerte, sufre y goza al mismo tiempo. Así lo expresa al Maestro de la gran compasión, quien le responde: "-Nous sommes tous incomplets [...] Nous sommes parta-

gés, fragments, ombres, fantômes sans consistance. Nous avons tous cru pleurer et cru jouir depuis des séqueles de siècles".³⁴

Kali le dice que un día ella fue divina, y el Sabio le hace saber que no por eso está libre de las ataduras que la unen a las cosas y a la desgracia.

La diosa da un gemido de cansancio y el Maestro de la compasión, tocando con la punta de sus dedos las trenzas negras de la diosa, le dice:

-Le désir t'a appris l'inanité du désir, dit-il; le regret t'enseigne l'inutilité de regretter. Prends patience, ô Erreur dont nous sommes tous une part, ô Imparfaite grâce à qui la perfection prend conscience d'elle même, ô Fureur qui n'es pas nécessairement immortelle...³⁵

En "Notre-Dame-des-Hirondelles", aparece la virgen María para liberar a las ninfas de su pena, que es el cautiverio en la gruta. La madre de Dios se convierte en su redentora. En "Kâli décapitée", es el sabio quien aparece para anunciar a la diosa el fin de su pena. Podemos suponer felices a las ninfas convertidas en golondrinas. Pero el Maestro de la compasión no ofrece la felicidad a Kali, ni inflige un castigo permanente. Así podemos imaginar a Kali después de su muerte sin dolor y sin alegría, sin embargo ya estará liberada de las ataduras de cualquier especie a este mundo o al divino.

Encontramos en este relato un personaje de la mitología hindú mezclado con ideas budistas, dos vertientes religiosas que Marguerite Yourcenar apreciaba particularmente, como lo registra Jossyane Savigneau en la biografía de la autora:

C'est le bouddhisme qui a la faveur de Marguerite Yourcenar, "car c'est la seule religion qui se soit construite une psychologie vraiment profonde. Avec le sens de l'être et le sens du contraire de l'être, le sens du passage*, le sens du mal dans l'univers, la douleur, le sens des particules qui composent la personnalité humaine" ... Elle n'attend ni solution ni consolation définitives.³⁶

En efecto, en "Kâli décapitée", podemos constatar "le sens de l'être et le sens du contraire de l'être" en toda la serie de elementos opuestos dada de principio a fin de la narración; "le sens du mal dans l'univers, la douleur", en todo el mal que vieron los dioses en la tierra, en su propia maldad, en lo que Kali sufrió e hizo sufrir a otros; y, finalmente, "le sens des particules qui composent la personnalité humaine" en lo que dice el sabio:

-Nous sommes tous incomplets, dit le Sage.
Nous sommes tous partagés, fragments, ombres, fantômes sans consistance".³⁷

La impresión que nos deja la lectura de "Kâli décapitée" es diferente a la que nos deja "Notre-Dame-des-Hirondelles" y "L'homme qui a aimé les Néréides". Las dos narraciones que hablan de las

ninfas expresan alegría: el contento de las ninfas convertidas en golondrinas que ya no serán perseguidas por el monje y el gozo de Panegyotis que tiene contacto físico con las diosas acuáticas.

Sin embargo, en el relato de Kali, no podemos sentir lo mismo. No hay alegría pero tampoco hay tristeza.

Para el cristianismo, la muerte supone un paso, ya sea hacia la gloria eterna, ya hacia el castigo sin fin del alma. Para el hinduismo, al término de la vida sigue el errar infinito, y en el budismo la transmigración de las almas, su paso eterno de un cuerpo a otro. No sabemos qué pasará con la diosa negra.

Por otra parte, ¿cuál será el sentido de la frase tan paradójica "Ô Imparfaitte grâce à qui la perfection prend conscience d'elle-même"? ¿Acaso es el llamado al equilibrio, es decir, a la perfección?

La naturaleza del hombre posee una dualidad, como dijera Victor Hugo en el "Prefacio de Cromwell": "il y a en lui un animal et une intelligence, une âme et un corps".³⁸ El hombre no puede ser perfecto en el sentido estricto de la palabra puesto que lo sublime de la inteligencia y del alma coexiste intrínsecamente con su lado animal y corporal, fuente del mal y del dolor. Sin embargo, la humanidad puede acceder al grado máximo de perfección que le es permitido. Tal estado sería la aceptación de esta dualidad de elementos que lo integran y que a la vez se traducen en su

entorno como el bien y el mal; aceptación que anula la frustración por no alcanzar la perfección absoluta: Asumir su naturaleza humana dual no implica incurrir en el conformismo, en el nihilismo o en la simple inercia sólo por el hecho de saber que nunca se alcanzará la cima divina. Alcanzará la perfección total cuando asuma activa y creativamente que no puede alcanzarla.

C O N C L U S I O N E S

Marguerite Yourcenar nos presenta en los relatos estudiados la religión en el sentido primitivo o etimológico del término, del latín religio, religionis, que quiere decir unir. Este significado se acentúa más en francés: religion = relier, es decir la unión de los seres humanos entre sí y con la divinidad.

En "Notre-Dame-des-Hirondelles", el personaje que es plenamente identificado como la Virgen María hace ver al monje que todas las criaturas que existen sobre la tierra son obra de Dios, por lo tanto, buenas. Así, las ninfas no son malvadas como el monje las cree, razón por la cual la Virgen las transforma en golondrinas para que el fraile pueda aceptarlas. Todo vuelve a la armonía cuando el viejo Therapion ve en las criaturas del mundo la presencia divina, dando sustento a la creencia de lo sagrado cotidiano y a la reconciliación de dos creencias.

Sentir día a día la presencia divina en la creación entera no significa, sin embargo, tener contacto con la divinidad en sí. Si ver lo sagrado a través de sus posibles encarnaciones conduce a

la alegría de vivir, a la paz interior o a ambos estados, cabe preguntarse si estar en presencia del ser divino produciría en el hombre una especie de frenesí o una felicidad tan magnífica y plena que le haría olvidar todas las cosas de este mundo, para no poner su razón ni su sentimiento sino en la aparición divina, cosa que para los demás sería como un trastorno mental, como ocurre con el joven griego del relato "L'homme qui a aimé les Néréides": Panegyotis es enteramente feliz por haber convivido con las diosas doradas.

En "Notre-Dame-des-Hirondelles", la resolución del conflicto de haber puesto en tela de duda la sabiduría divina culmina con la felicidad del anciano Therapion. Pero en "Kâli décapitée", no hay tal estado gozoso. Marguerite Yourcenar toca un punto que no había tratado en los otros dos relatos y que es irrefutable: la presencia del mal en el universo.

Como en "Notre-Dame-des-Hirondelles" se ve fundida la creencia griega de la existencia de las ninfas con la creencia católica de que Dios mismo fue quien las creó, en "Kâli décapitée", se unen creencias budistas e hindúes. Yourcenar, que no profesaba ninguna confesión religiosa, apreciaba de manera especial estas doctrinas.

En "Kâli décapitée", se amalgaman los contrarios, que no son realmente opuestos sino complemento unos de otros. De esta forma, hay en el universo ganas de abandonar la vida y temor a la muerte, placer y dolor, dolor y consuelo, mal y bien; sentimientos todos

que experimenta Kali al errar por este mundo. Así como Nuestra Señora apareció para liberar a las ninfas de su cautiverio, aparece para Kali el Maestro de la compasión, que le anuncia el fin de su vagar por el mundo. La diosa negra va a descansar para siempre de todo lo que la ata a esta tierra, va a salir de ella sin recibir, al parecer, ni recompensa ni castigo por lo que hizo en la vida, como en otras creencias.

El Sabio dice a Kali, entre otras cosas: "ô Imparfait grâce à qui la perfection prend conscience d'elle-même".³⁹ Palabras que podemos interpretar en el sentido de que la imperfección del ser humano, su naturaleza dual y el equilibrio que puede lograr en ella es el único grado de perfección al que el hombre puede acceder.

El ser humano posee espíritu e inteligencia por una parte, por otra, un lado carnal e irracional. Los dos contrarios forman un todo indisoluble. Uno lo hace inclinarse hacia un sentido contrario del otro creando a menudo un desequilibrio doloroso. Por estas limitaciones naturales, el hombre no puede ser absolutamente perfecto. Sin embargo, podría decirse que alcanza cierta perfección, su perfección, al aceptar sus limitaciones y sus cualidades y darse cuenta que no puede cambiarlas todas radicalmente, que no por ser imperfecto debe sentirse frustrado y resignarse a pasar una vida de mediocridad. Su perfección es la aceptación de su imperfección, equilibrar sus tendencias opuestas: "ô Imparfait grâce à qui la perfection prend conscience d'elle-même".

El tema común a los tres relatos es la presencia de lo religioso en la vida cotidiana. Existe un ser supremo en el universo, inaccesible a nuestra razón y a nuestros sentidos, por lo que su presencia no es demostrable, pero podemos sentirla en el mundo y en lo que en él existe, es como un presentimiento o una intuición que nos hace decir "aquí está Dios", en todo momento de nuestra vida, sea cual fuere el nombre que le da tal o cual creencia religiosa. El peso y la importancia de esta dimensión es lo que Marguerite Yourcenar nos comunica en los textos estudiados.

N O T A S

1 "colección de textos inspirados por las lecturas de Marguerite, por su descubrimiento del Oriente". Josyane Savigneau, Marguerite Yourcenar. L'invention d'une vie, p. 141.

N. B. Todas las traducciones de las citas son del autor de esta tesina excepto las traducciones a Nouvelles Orientales, que son de Emma Calatayud, de la edición española de esta obra.

2 Balcanes, "península de Europa entre los mares Adriático y Jónico al oeste, el Mediterráneo al sur y el Egeo y Negro al este. La península está formada por varias naciones: Bulgaria, Albania, Yugoslavia, Grecia, la parte europea de Turquía y Rumania". Gran diccionario enciclopédico ilustrado, Selecciones del Reader's Digest, p. 347.

3 "pero después de todo, Grecia y los Balcanes ya son Oriente, al menos para los siglos XVIII o XIX". Marguerite Yourcenar en Les yeux ouverts. Entretiens avec Matthieu Galey, de Matthieu Galey, p. 114.

- 4 Gran diccionario enciclopédico ilustrado, Selecciones del Reader's Digest, p. 1700.
- 5 "son los años durante los cuales [1932-1939] la noción misma de mito jugó un papel verdaderamente esencial"; noción que alimentará tres de las obras escritas durante este periodo: Feux, Nouvelles orientales y Les Songes et les Sorts". Marguerite Yourcenar citada por Josyane Savigneau en Marguerite Yourcenar. L'invention d'une vie, p. 103.
- 6 "Hay ámbitos, como la religión o la poesía, que deben permanecer oscuros. O deslumbrantes, que es lo mismo". Marguerite Yourcenar en Les yeux ouverts. Entretiens avec Matthieu Galey, de Matthieu Galey, p. 39.
- 7 "una fantasía personal del autor, nacida del deseo de explicar el nombre encantador de una capillita existente en la campiña ática". Marguerite Yourcenar, Nouvelles orientales, p. 148 (Cuentos orientales, p. 164).
- Ática, "comarca de la antigua Grecia, frente a la isla de Euba. Fueron ciudades principales Atenas (su capital), Eleusis, Decelia y Maratón". Gran diccionario enciclopédico ilustrado, Selecciones del Reader's Digest, p. 294.
- 8 "con la muerte en el cuerpo tras haber bebido agua de un manantial". Marguerite Yourcenar, Nouvelles orientales, p. 92 (Cuen-

- tos orientales, p. 105).
- 9 "Los jóvenes animales divinos". Ibidem p. 94 (ibidem p. 107).
- 10 "temían al rayo, como todos los animales del bosque". Ibidem p. 95 (ibidem p. 108).
- 11 Dictionnaire des symboles, p. 699.
- 12 "las Malignas" y "las Malditas". Marguerite Yourcenar, Nouvelles orientales, pp. 92 y 93 respectivamente (Cuentos orientales, p. 105).
- 13 "a su manera tienen temor de Dios". Idem p. 99 (ibidem p. 112).;
- 14 "húfan de la sombra de aquel sublime patíbulo". Ibidem p. 94 (ibidem p. 107).
- 15 "retrocedían horrorizadas ante aquella imagen del ajusticiado". Ibidem p. 96 (ibidem p. 109).
- 16 "como si la creación no fuera sino un juego maléfico con el que Él se complaciese". Ibidem p. 93 (ibidem p. 106).
- 17 "figura en los mitos de origen, de renacimiento y de iniciación de numerosos pueblos". Dictionnaire des symboles, p. 149.

- 18 "La luz indirecta que ilumina sus paredes viene de un sol invisible; pero indica la ruta que el hombre debe seguir para encontrar el bien y la verdad". Idem.
- 19 "muchas ceremonias de iniciación comienzan por el paso del impetrante a una caverna o a una fosa: es la materialización del regressus ad uterum definido por Mircea Éliade". Idem.
 Impetrar, "conseguir una gracia que se ha solicitado y pedido con ruegos. Solicitar una gracia con ahínco". Gran diccionario enciclopédico ilustrado, Selecciones del Reader's Digest, p. 1918.
- 20 Demiurgo, "dios creador, en la filosofía platónica y neoplatónica. Principio activo del mundo según los gnósticos". Ibidem p. 1070.
 Gnosticismo, "conjunto de sectas y doctrinas filosóficas que, nacidas en Oriente, se extendieron por casi todo el mundo grecorromano hacia el siglo II y llegaron a infiltrarse en el cristianismo. Sus tesis fundamentales eran: 1) la salvación mediante un conocimiento místico superior ('gnosis') revelado y esotérico, o vedado al común de los creyentes; 2) una compleja concepción cosmológica basada en un dualismo del Bien y del Mal transferido del mundo ético al divino; 3) la aceptación de mitos, misterios, teorías y hechos de las más diversas procedencias, transformados para adaptarlos a su sistema. Fueron elementos del gnosticismo: la filosofía griega, la cábala hebrea, la mitología babilonia, el dualismo persa y la revela-

ción cristiana". Ibidem p. 1651.

- 21 "y muy a menudo, el monje Therapion interrumpía sus oraciones para seguir con mirada enternecida sus amores y sus juegos, pues lo que les está prohibido a las Ninfas les está permitido a las golondrinas". Marguerite Yourcenar, Nouvelles orientales, p. 102 (Cuentos orientales, p. 115).
- 22 "inocentes y malvadas". Ibidem p. 83 (Ibidem p. 93).
- 23 "tal vez la ilusión sea la forma que adoptan a los ojos del vulgo las más secretas realidades". Ibidem p. 87 (ibidem p. 98).
- 24 "pescaban por la noche con un tridente, a bordo de su barca, y cazaban codornices en otoño". Ibidem p. 88 (ibidem p. 99).
- 25 "no se hablaban con nadie y ellas mismas realizaban las tareas de la casa, por miedo de introducir una criada en la intimidad de su existencia; se aislaban, hurañas, para evitar murmuraciones, prefiriendo tal vez las calumnias". Ibidem p. 88 (ibidem p. 99).
- 26 "diosas doradas". Ibidem p. 87 (ibidem p. 98).
- 27 "la negra, es horrible y bella". Ibidem p. 121 (ibidem p. 135).

- 28 Cant 1, 5, Sagrada Biblia, Eloíno Nácar y Alberto Colunga, trad., p. 856.
- 29 "uno se da cuenta que Kali no es una anciana sino una muchacha sonriente y amorosa". Encyclopédie des mystiques, p. 300.
- 30 "Y a los que exterminaba, los remataba después bailando encima de ellos. Sus labios, maculados de sangre exhalaban el mismo olor insípido de las carnicerías, pero sus abrazos consolaban a sus víctimas y el calor de su pecho hacía olvidar todos los males". Marguerite Yourcenar, Nouvelles orientales, p. 126 (Cuentos orientales, p. 140).
- 31 "se sorprendían al hallar en los hombres aquella imaginación infinita del Mal". Ibidem p. 124 (ibidem p. 138).
- 32 "se convirtió en seductora de niños, incitadora de ancianos, amante despótica de jóvenes". Ibidem p. 125 (ibidem p. 139).
- 33 "la vida y la muerte serían igualmente inútiles, edad en que todo se resorbe en Nada". Ibidem p. 126 (ibidem p. 141).
- 34 "-Todos estamos incompletos [...] -Todos nos hallamos divididos y somos fragmentos, sombras, fantasmas sin consistencia. Todos creemos llorar y gozar desde hace siglos". Ibidem p. 127 (ibidem p. 141).

35 "-El deseo te enseñó la inanidad del deseo; el arrepentimiento te enseña la inutilidad de arrepentirte. Ten paciencia, ¡oh, Error!, del que todos formamos parte... ¡Oh, Imperfecta!, en quien la perfección toma conciencia de sí misma, ¡oh, Furor! que no eres necesariamente inmortal...". Ibidem p. 127 (ibidem p. 142).

36 "*Dans les notes préparatoires à Quoi? L'Éternité, on voit comment elle est encore dans l'incertitude, à la fin de sa vie: 'Entre la notion hindoue de l'atman, l'errance éternelle, et celle, bouddhique, de l'éternel passage, je ne parviendrai jamais à choisir, tout en sentant que sans doute ces deux notions se fondent dans un tout quelque part hors de notre vue'". Referencia para la nota y para el asterisco que es una nota a pie de página de la autora de la biografía de Yourcenar: Marguerite Yourcenar, citada por Josyane Savigneau en Marguerite Yourcenar. L'invention d'une vie, p. 365.

Traducción: "El budismo es el que tiene el favor de Marguerite Yourcenar 'porque es la única religión que se construyó una psicología verdaderamente profunda. Con el sentido del ser y el sentido del contrario del ser; en el sentido del paso*, el sentido del mal en el universo, el dolor, el sentido de las partículas que componen la personalidad humana' [...] Ella no esperaba ni solución ni consolación definitivas".

"*En las notas preparatorias a Quoi? L'Éternité, se ve cuanto grande sigue siendo, al final de su vida, la incertidumbre: 'Entre la noción hindú del atman, el errar eterno, y la budis-

ta del paso eterno, nunca llegaré a escoger, aun sintiendo que probablemente esas dos nociones se funden en un todo en alguna parte fuera de nuestra vista".

37 "-Todos estamos incompletos -dijo el Sabio-. Todos nos hallamos divididos y somos fragmentos, sombras, fantasmas sin consistencia". Marguerite Yourcenar, Nouvelles orientales, p. 127 (Cuentos orientales, p. 141).

38 "hay en él un animal y una inteligencia, un alma y un cuerpo". Víctor Hugo, "Préface de Cromwell", p. 7.

39 "¡Oh, Imperfecta!, en quien la perfección toma conciencia de sí misma". Marguerite Yourcenar, Nouvelles orientales, p. 127 (Cuentos orientales, p. 142).

BIBLIOGRAFÍA

BAILLY, A.,

Dictionnaire Grec-Français. [Paris] Librairie Hachette, 1950.
2230 pp.

CHEVALIER, Jean, dir.

Dictionnaire des symboles. Mythes, rêves, coutumes, gestes,
formes, figures, couleurs, nombres. [Paris] Robert Laffont
[1969]. 844 pp.

DAVY, Marie-Madelaine,

Tome 3, dans Encyclopédie des mystiques. Égypte, Mésopotamie,
Iran, hindouisme, bouddhisme indien. Conception et réalisation
de Marian BERLEWI. [Paris] Seghers 1978 . 435 pp.

ÉLIADE, Mircea,

Mythes, rêves et mystères. [Paris] Gallimard [1957]. 279 pp.
(Coll. Folio/essais n° 128).

GALEY, Matthieu,

Les yeux ouverts. Entretiens avec Marguerite Yourcenar. [Paris] Le Centurion [1980]. 336 pp. (Coll. Les interviews).

HUGO, Victor,

"La préface de Cromwell", dans Œuvres complètes, tome II, Critique. [Paris] Robert Laffont [1985]. 761 pp. (Coll. Bouquins), pp. 3-44.

NÁCAR FUSTER, Eloíno y Alberto COLUNGA CUETO, trad.

Sagrada Biblia. Versión directa de las lenguas originales por..., O. P., 32ª ed. Madrid, Librería Parroquial, 1976. 1642 pp. (Biblioteca de Autores Cristianos).

ROSALES CAMACHO, Luis, dir.

Gran diccionario enciclopédico ilustrado. En doce tomos. [México] Selecciones del Reader's Digest [1979]. 4100 pp.

SAVIGNEAU, Josyane,

Marguerite Yourcenar. L'invention d'une vie. [Paris] Gallimard [1990]. 542 pp. (Coll. NRF Biographies).

YOURCENAR, Marguerite,

Cuentos orientales. [Madrid] Ediciones Alfaguara S. A. [1985]. Trad. de Emma CALATAYUD] 165 pp. (Col. Literatura, nº 103).

YOURCENAR, Marguerite,

Nouvelles orientales. [Paris] Gallimard [1990]. 151 pp. (Coll. L'imaginaire).

A P É N D I C E

L'homme qui a aimé les

Néréides

Il était debout, pieds nus, dans la poussière, la chaleur et les relents du port, sous la maigre tente d'un petit café où quelques clients s'étaient affalés sur des chaises, dans le vain espoir de se protéger du soleil. Son vieux pantalon roux descendait à peine jusqu'aux chevilles, et l'osselet pointu, l'arête du talon, les longues plantes calleuses et tout excoriées, les doigts souples et tactiles appartenaient à cette race de pieds intelligents, accoutumés à tous les contacts de l'air et du sol, endurcis aux aspérités des pierres, qui gardent encore en pays méditerranéen à l'homme habillé un peu de la libre aisance de l'homme nu. Pieds agiles, si différents des supports gauches et lourds enfermés dans les souliers du Nord... Le bleu délavé de sa chemise s'harmonisait avec les tons du ciel déteint par la lumière de l'été ; ses épaules et ses omoplates perçaient par les déchirures de l'étoffe comme de maigres rochers ; ses oreilles un peu allongées encadraient obliquement son crâne à la façon des anses d'une amphore ; d'incontestables traces de

beauté se voyaient encore sur son visage hâve et vacant, comme l'affleurement sous un terrain ingrat d'une statue antique brisée. Ses yeux de bête malade se dissimulaient sans méfiance derrière des cils aussi longs que ceux qui ourlent la paupière des mules ; il tenait la main droite continuellement tendue, avec le geste obstiné et importun des idoles archaïques qui semblent réclamer des visiteurs de musées l'aumône de l'admiration, et des bêlements inarticulés sortaient de sa bouche grande ouverte sur des dents éclatantes.

— Il est sourd-muet ?

— Il n'est pas sourd.

Jean Démétriadis, le propriétaire des grandes savonneries de l'île, profita d'un moment d'inattention où le regard vague de l'idiot se perdait du côté de la mer, pour laisser tomber une drachme sur la dalle lisse. Le léger tintement à demi étouffé par une fine couche de sable ne fut pas perdu pour le mendiant, qui ramassa goulûment la petite pièce de métal blanc et reprit aussitôt sa station contemplative et gémissante, comme une mouette au bord d'un quai.

— Il n'est pas sourd, répéta Jean Démétriadis en reposant devant lui sa tasse à demi pleine d'une onctueuse lie noire. La parole et l'esprit lui ont été retirés dans de telles conditions qu'il m'arrive de l'envier, moi l'homme raisonnable, l'homme riche, qui ne trouve si souvent que l'ennui et le vide sur ma route. Ce Panégyotis (il s'appelle ainsi) est

devenu muet à dix-huit ans pour avoir rencontré les Néréides nues.

Un sourire timide se dessina sur les lèvres de Panégyotis, qui avait entendu prononcer son nom. Il ne semblait pas comprendre le sens des paroles de cet homme important en qui il reconnaissait vaguement un protecteur, mais le ton, et non les mots eux-mêmes, l'atteignait. Content de savoir qu'il s'agissait de lui et qu'il convenait peut-être d'espérer une nouvelle aumône, il avança imperceptiblement la main, avec le mouvement craintif du chien qui effleure de sa patte le genou de son maître, pour qu'on n'oublie pas de lui donner à manger.

— C'est le fils de l'un des paysans les plus aisés de mon village, reprit Jean Démétriadis, et, par exception chez nous, ces gens-là sont vraiment riches. Ses parents ont des champs à ne savoir qu'en faire, une bonne maison en pierre de taille, un verger avec plusieurs espèces de fruits, et dans le jardin des légumes, un réveille-matin dans la cuisine, une lampe allumée devant le mur des icônes, enfin tout ce qu'il faut. On pouvait dire de Panégyotis ce qu'on peut rarement dire d'un jeune Grec, qu'il avait devant lui son pain cuit, et pour toute la vie. On pouvait dire aussi qu'il avait devant lui sa route toute tracée, une route grecque, poussiéreuse, caillouteuse et monotone, mais avec çà et là des grillons qui chantent et des haltes pas trop désagréables aux portes des tavernes. Il aidait les vieilles femmes à gauler les olives ; il

surveillait l'emballage des caisses de raisins et la pesée des ballots de laine ; dans les discussions avec les acheteurs de tabacs, il soutenait discrètement son père en crachant de dégoût à toute proposition qui ne dépassait pas le prix souhaité ; il était fiancé à la fille du vétérinaire, une gentille petite qui travaillait dans ma fabrique ; comme il était très beau, on lui prêtait autant de maîtresses qu'il y a dans le pays de filles qui aiment l'amour ; on a prétendu qu'il couchait avec la femme du prêtre ; si cela est, le prêtre ne lui en voulait pas, car il aimait peu les femmes et se désintéressait de la sienne, qui d'ailleurs s'offre à n'importe qui. Imaginez l'humble bonheur d'un Panégotyis ; l'amour des belles, l'envie des hommes et quelquefois leur désir, une montre en argent, tous les deux ou trois jours une chemise merveilleusement blanche repassée par sa mère, le pilaf à midi et l'ouzo glauque et parfumé avant le repas du soir. Mais le bonheur est fragile, et quand les hommes ou les circonstances ne le détruisent pas, il est menacé par les fantômes. Vous ne savez peut-être pas que notre île est peuplée de présences mystérieuses. Nos fantômes ne ressemblent pas à vos spectres du Nord, qui ne sortent qu'à minuit et logent le jour dans les cimetières. Ils négligent de se recouvrir de draps blancs, et leur squelette est recouvert de chair. Mais ils sont peut-être plus dangereux que les âmes des morts qui du moins ont été bapuisés, ont connu la vie, ont su ce que c'était de souffrir. Ces Néréides de nos campagnes

sont innocentes et mauvaises comme la nature qui tantôt protège et tantôt détruit l'homme. Les dieux et les déesses antiques sont bien morts, et les musées ne contiennent que leurs cadavres de marbre. Nos nymphes ressemblent plus à vos fées qu'à l'image que vous vous en faites d'après Praxitèle. Mais notre peuple croit à leurs pouvoirs ; elles existent comme la terre, l'eau et le dangereux soleil. En elles, la lumière de l'été se fait chair, et c'est pourquoi leur vue dispense le vertige et la stupeur. Elles ne sortent qu'à l'heure tragique de midi ; elles sont comme immergées dans le mystère du plein jour. Si les paysans barricadent les portes de leurs maisons avant de s'allonger pour la sieste, ce n'est pas contre le soleil, c'est contre elles ; ces fées vraiment fatales sont belles, nues, rafraîchissantes et néfastes comme l'eau où l'on boit les germes de la fièvre ; ceux qui les ont vues se consomment doucement de langueur et de désir ; ceux qui ont eu la hardiesse de les approcher deviennent muets pour la vie, car il ne faut pas que soient révélés au vulgaire les secrets de leur amour. Or, un matin de juillet, deux des moutons du père de Panégyotis se mirent à tourner. L'épidémie se propagea rapidement aux plus belles têtes du troupeau, et le carré de terre battue devant la maison se transforma rapidement en cour d'asile pour bétail aliéné. Panégyotis partit seul, en pleine chaleur, en plein soleil, à la recherche du vétérinaire qui demeure sur l'autre versant du Mont Saint-Élie, dans un petit village

blotti au bord de la mer. Au crépuscule, il n'était pas encore de retour. L'inquiétude du père de Panégyotis se déplaça de ses moutons sur son fils ; on fouilla en vain la campagne et les vallées du voisinage ; toute la nuit, les femmes de la famille prièrent dans la chapelle du village qui n'est qu'une grange éclairée par deux douzaines de cierges, et où il semble à chaque instant que Marie aille entrer pour mettre au monde Jésus. Le lendemain soir, à l'heure de répit où les hommes s'attablent sur la place du village devant une minuscule tasse de café, un verre d'eau, ou une cuillerée de confiture, on vit revenir un Panégyotis nouveau, aussi transformé que s'il avait passé par la mort. Ses yeux étincelaient, mais il semblait que le blanc de l'œil et la pupille eussent dévoré l'iris ; deux mois de malaria ne l'eussent pas jauni davantage ; un sourire un peu écoeurant déformait ses lèvres dont les paroles ne sortaient plus. Il n'était cependant pas encore complètement muet. Des syllabes saccadées s'échappaient de sa bouche comme les derniers gargouillements d'une source qui meurt :

— Les Néréides... Les dames... Néréides... Belles... Nues... C'est épatant... Blondes... Cheveux tout blonds...

Ce furent les seuls mots qu'on put tirer de lui. Plusieurs fois, dans les jours qui suivirent, on l'entendit encore se répéter doucement à lui-même : « Cheveux blonds... Blonds », comme s'il caressait de la soie. Puis ce fut tout. Ses yeux cessèrent de

briller ; mais son regard devenu vague et fixe a acquis des propriétés singulières : il contemple le soleil sans ciller ; peut-être trouve-t-il du plaisir à considérer cet objet d'une blondeur éblouissante. J'étais au village pendant les premières semaines de son délire : pas de fièvre, aucun symptôme d'une insolation ou d'un accès. Ses parents l'ont conduit pour le faire exorciser dans un monastère célèbre du voisinage : il s'est laissé faire avec la douceur d'un mouton malade, mais ni les cérémonies de l'Église, ni les fumigations d'encens, ni les rites magiques des vieilles femmes du village n'ont pu chasser de son sang les folles nymphes couleur de soleil. Les premières journées de son nouvel état se passèrent en allées et venues incessantes : il retournait inlassablement à l'endroit où s'était passée l'apparition : il y a là une source où les pêcheurs viennent quelquefois se fournir d'eau douce, un vallon creux, un champ de figuiers d'où un sentier descend vers la mer. Les gens ont cru relever dans l'herbe maigre des traces légères de pieds féminins, des places foulées par le poids des corps. On imagine la scène : les trouées de soleil dans l'ombre des figuiers, qui n'est pas une ombre, mais une forme plus verte et plus douce de la lumière ; le jeune villageois alerté par des rires et des cris de femmes comme un chasseur par des bruits de coups d'ailes ; les divines jeunes filles levant leurs bras blancs où des poils blonds interceptent le soleil ; l'ombre d'une feuille se déplaçant sur un ventre nu ; un sein clair, dont la pointe

se révèle rose et non pas violette ; les baisers de Panégyotis dévorant ces chevelures qui lui donnent l'impression de mâchonner du miel ; son désir se perdant entre ces jambes blondes. De même qu'il n'y a pas d'amour sans éblouissement du cœur, il n'y a guère de volupté véritable sans émerveillement de la beauté. Le reste n'est tout au plus que fonctionnement machinal, comme la soif et la faim. Les Néréides ont ouvert au jeune insensé l'accès d'un monde féminin aussi différent des filles de l'île que celles-ci le sont des femelles du bétail ; elles lui ont apporté l'enivrement de l'inconnu, l'épuisement du miracle, les malignités étincelantes du bonheur. On prétend qu'il n'a jamais cessé de les rencontrer, aux heures chaudes où ces beaux démons de midi rôdent en quête d'amour ; il semble avoir oublié jusqu'au visage de sa fiancée, dont il se détourne comme d'une guenon dégoûtante ; il crache sur le passage de la femme du pape, qui a pleuré deux mois avant de se consoler. Les Nymphes l'ont abêti pour mieux le mêler à leurs jeux, comme une espèce de faune innocent. Il ne travaille plus ; il ne s'inquiète plus ni des mois ni des jours ; il s'est fait mendiant, de sorte qu'il mange presque toujours à sa faim. Il vagabonde dans le pays, évitant le plus possible les grandes routes ; il s'enfonce dans les champs et les bois de pins au creux des collines désertes ; et on dit qu'une fleur de jasmin posée sur un mur de pierres sèches, un caillou blanc au pied d'un cyprès sont autant de messages où il déchiffre

l'heure et le lieu du prochain rendez-vous des fées. Les paysans prétendent qu'il ne vieillira pas : comme tous ceux qu'un mauvais sort a touchés, il se fanera sans qu'on sache s'il a dix-huit ou quarante ans. Mais ses genoux tremblent, son esprit s'en est allé pour ne plus revenir, et la parole ne renâtra plus jamais sur ses lèvres : Homère déjà savait qu'ils voient se consumer leur intelligence et leur force, ceux qui couchent avec les déesses d'or. Mais j'envie Panégyotis. Il est sorti du monde des faits pour entrer dans celui des illusions, et il m'arrive de penser que l'illusion est peut-être la forme que prennent aux yeux du vulgaire les plus secrètes réalités.

— Mais enfin, Jean, dit avec irritation madame Démétriadis, vous ne pensez pas que Panégyotis ait réellement aperçu les Néréides ?

Jean Démétriadis ne répondit pas, tout occupé qu'il était de se soulever à demi sur sa chaise pour rendre leur salut hautain à trois étrangères qui passaient. Ces trois jeunes Américaines bien prises dans des vêtements de toile blanche marchaient d'un pas souple sur le quai inondé de soleil, suivies d'un vieux portefaix qui pliait sous le poids de provisions achetées au marché ; et, comme trois petites filles au sortir de l'école, elles se tenaient par la main. L'une d'entre elles allait nu-tête, des brins de myrte piqués dans sa chevelure rousse, mais la seconde portait un immense chapeau de paille mexicain, et la troisième était coiffée comme une paysanne d'un foulard de coton, et des lunet-

tes de soleil aux verres noirs la protégeaient comme un masque. Ces trois jeunes femmes s'étaient établies dans l'île où elles avaient acheté une maison située loin des grandes routes : elles pêchaient la nuit au trident à bord de leur propre barque et chassaient la caille en automne ; elles ne frayaient avec personne et se servaient elles-mêmes, de peur d'introduire une ménagère dans l'intimité de leur existence, s'isolaient enfin farouchement pour éviter les médisances, leur préférant peut-être les calomnies. J'essayai vainement d'intercepter le regard que Panégyotis jetait sur ces trois déesses, mais ses yeux distraits restaient vagues et sans lueur : manifestement, il ne reconnaissait pas ses Néréides habillées en femmes. Soudain, il se pencha, d'un mouvement souple et comme animal, pour ramasser une nouvelle drachme tombée d'une de nos poches, et j'aperçus, pris dans les poils rudes de sa vareuse qu'il portait suspendue à une épaule, agrafée à ses bretelles, le seul objet qui pût fournir à ma conviction une preuve impondérable : le fil soyeux, le mince fil, le fil égaré d'un cheveu blond.

***Notre-Dame-
des-Hirondelles***

Le moine Thérapion avait été dans sa jeunesse le disciple le plus fidèle du grand Athanase ; il était rude, austère, doux seulement envers les créatures en qui il ne soupçonnait pas la présence des démons. En Égypte, il avait ressuscité et évangélisé des momies ; à Byzance, il avait confessé des empereurs ; il était venu en Grèce sur la foi d'un songe, dans l'intention d'exorciser cette terre encore soumise aux sortilèges de Pan. Il s'enflammait de haine à la vue des arbres sacrés où les paysans atteints de la fièvre suspendent des chiffons chargés de trembler à leur place au moindre souffle du soir, les phallus érigés dans les champs pour obliger le sol à porter des récoltes et les dieux d'argile nichés au creux des murs et dans la conque des sources. Il s'était bâti de ses propres mains une étroite cabane sur les berges du Céphise, en ayant soin de n'employer que des matériaux bénits. Les paysans partageaient avec lui leurs maigres aliments, mais, bien que ces gens fussent hâves, blêmes et découragés par les famines et les

guerres qui avaient fondu sur eux, Thérapion ne parvenait pas à les tourner du côté du ciel. Ils adoraient Jésus, le fils de Marie, vêtu d'or comme un soleil levant, mais leur cœur obstiné restait fidèle aux divinités qui nichent dans les arbres ou émergent du bouillonnement des eaux ; chaque soir, ils déposaient sous le platane consacré aux Nymphes une écuelle de lait de la seule chèvre qui leur restât ; les garçons se glissaient à midi sous les bouquets d'arbres pour épier ces femmes aux yeux d'onyx qui se nourrissent de thym et de miel. Elles pullulaient partout, filles de cette terre dure et sèche où ce qui ailleurs se dissipe en buée prend aussitôt figure et substance de réalité. On retrouvait la trace de leurs pas dans la glaise des fontaines, et la blancheur de leurs corps se confondait de loin avec le miroitement des rochers. Il arrivait même qu'une Nymphé mutilée survécût encore dans la poutre mal rabotée qui soutenait un toit, et, la nuit, on l'entendait se plaindre ou chanter. Presque chaque jour, du bétail charmé se perdait dans la montagne, et l'on ne retrouvait que des mois plus tard un petit tas d'ossements. Les Malignes prenaient les enfants par la main et les emmenaient danser au bord des précipices ; leurs pieds légers ne touchaient pas terre, mais le gouffre happait les lourds petits corps. Ou bien, un jeune garçon lancé sur leur piste redescendait hors d'haleine, grelottant de fièvre, ayant bu la mort avec l'eau d'une source. Après chaque désastre, le moine Thérapion montrait le poing aux bois où se

cachaient les Maudites, mais les villageois continuaient à chérir ces fraîches fées à demi invisibles, et ils leur pardonnaient leurs méfaits comme on pardonne au soleil qui désagrège la cervelle des fous, à la lune qui suce le lait des mères endormies, et à l'amour qui fait tant souffrir.

Le moine les craignait comme une bande de louves, et elles l'inquiétaient comme un troupeau de prostituées. Jamais ces fantasques belles ne le laissaient en paix : la nuit, il sentait sur son visage leur souffle chaud comme celui d'une bête à demi apprivoisée qui rôde timidement dans une chambre. S'il s'aventurait à travers la campagne muni du viatique pour un malade, il entendait résonner sur ses talons leur trot capricieux et saccadé de jeunes chèvres ; s'il lui arrivait, en dépit de ses efforts, de s'endormir à l'heure de la prière, elles venaient innocemment lui tirer la barbe. Elles n'essayaient pas de le séduire, car elles le trouvaient laid, comique et très vieux dans ses épais vêtements de bure brune, et malgré leur beauté elles n'éveillaient en lui aucun désir impur, car leur nudité lui répugnait comme la chair pâle de la chenille ou le derme lisse des couleuvres. Elles l'induisaient pourtant en tentation, car il finissait par douter de la sagesse de Dieu, qui a façonné tant de créatures inutiles et nuisibles, comme si la création n'était qu'un jeu malfaisant auquel Il se complait. Un matin, les villageois trouvèrent leur moine occupé à scier le platane des

Nymphes, et ils s'affligèrent doublement, car d'une part ils craignaient la vengeance des fées, qui s'en iraient emportant avec elles les sources, et d'autre part ce platane ombrageait la place où ils avaient coutume de se réunir pour danser. Mais ils ne firent pas de reproches au saint homme, de peur de se brouiller avec le Père qui est au ciel, et qui dispense la pluie et le soleil. Ils se turent, et les projets du moine Thérapion contre les Nymphes furent encouragés par ce silence.

Il ne sortait plus qu'avec deux silex dissimulés dans le pli de sa manche, et le soir, subrepticement, lorsqu'il n'apercevait aucun paysan dans la campagne déserte, il mettait le feu à un vieil olivier dont le tronc carié lui paraissait receler des déesses, ou à un jeune pin écaillé dont la résine versait des pleurs d'or. Une forme nue s'échappait du feuillage et courait rejoindre ses compagnes, immobiles au loin comme des biches effarouchées, et le saint moine se réjouissait d'avoir détruit un des repaires du Mal. Partout, il plantait des croix, et les jeunes bêtes divines s'écartaient, fuyaient l'ombre de cette espèce de gibet sublime, laissant autour du village sanctifié une zone toujours plus vaste de silence et de solitude. Mais la lutte se poursuivait pied à pied sur les premières pentes de la montagne, qui se défendait à l'aide de ronces épineuses et de chutes de pierres, et d'où il est plus difficile de chasser les dieux. Enfin, encerclées par la prière et par le feu, amaigries par l'absence d'offrandes, privées d'amour depuis que les jeunes

gens du village commençaient à se détourner d'elles, les Nymphes cherchèrent refuge dans un vallon désert, où quelques pins tout noirs plantés dans le sol argileux faisaient penser à de grands oiseaux ramassant dans leurs fortes serres la terre rouge et remuant dans le ciel les mille pointes fines de leurs plumes d'aigle. Les sources qui suintaient là sous des tas de pierres informes étaient trop froides pour attirer les lavandières et les bergers. Une grotte se creusait à mi-flanc d'une colline, et on n'y accédait que par une embouchure juste assez large pour livrer passage à un corps. De tout temps, les Nymphes s'y étaient réfugiées par les soirs où l'orage troublait leurs jeux, car elles craignaient le tonnerre, comme toutes les bêtes des bois, et c'était là aussi qu'elles dormaient pendant les nuits sans lune. De jeunes pâtres prétendaient s'être glissés dans cette caverne au péril de leur salut et de la vigueur de leur jeunesse, et ils ne tarissaient pas au sujet de ces doux corps à demi visibles dans les fraîches ténèbres et de ces chevelures plus devinées que palpées. Pour le moine Thérapion, cette grotte dissimulée dans le flanc du rocher était comme un cancer enfoncé dans son propre sein, et debout au seuil de la vallée, les bras levés, immobile durant des heures entières, il priait le ciel de l'aider à détruire ces dangereux restes de la race des dieux.

Peu après Pâques, le moine réunit un soir les plus fidèles ou les plus rudes de ses ouailles ; il les arma de pioches et de lanternes ; il se munit d'un

crucifix et il les guida à travers le dédale de collines, dans les molles ténèbres pleines de sève, anxieux de mettre à profit cette nuit noire. Le moine Thérapiion s'arrêta sur le seuil de la grotte, et il ne permit pas à ses disciples d'y pénétrer, de peur qu'ils ne fussent tentés. Dans l'ombre opaque, on entendait glousser les sources. Un faible bruit palpitait, doux comme la brise dans les pinèdes ; c'était la respiration des Nymphes endormies, qui rêvaient de la jeunesse du monde, du temps où l'homme n'existait pas encore, et où la terre n'enfantait que les arbres, les bêtes et les dieux. Les paysans allumèrent un grand feu, mais il fallut renoncer à brûler le rocher ; le moine leur ordonna de gâcher du plâtre, de charrier des pierres. Aux premières lueurs de l'aube, ils avaient commencé la construction d'une petite chapelle accolée au flanc de la colline, devant l'embouchure de la grotte maudite. Les murs n'étaient pas secs, le toit n'était pas encore posé, et la porte manquait, mais le moine Thérapiion savait que les Nymphes ne tenteraient pas de s'échapper au travers de ce lieu saint, que déjà il avait consacré et béni. Pour plus de sûreté, il avait planté au fond de la chapelle, à l'endroit où s'ouvrait la bouche du rocher, un grand Christ peint sur une croix à quatre bras égaux, et les Nymphes qui ne comprennent que les sourires reculaient d'horreur devant cette image du Supplicié. Les premiers rayons du soleil s'allongeaient timidement jusqu'au seuil de la caverne : c'était l'heure où les

malheureuses avaient coutume de sortir, pour prendre sur les feuilles des arbres voisins leur premier repas de rosée ; les captives sanglotaient, suppliaient le moine de leur venir en aide et dans leur innocence, s'il consentait à leur permettre de fuir, lui promettaient de l'aimer. Toute la journée, les travaux se poursuivirent, et, jusqu'au soir, on vit des pleurs tomber de la pierre, on entendit des toux et des cris rauques pareils aux plaintes des bêtes blessées. Le jour suivant, on posa le toit, et on l'orna d'un bouquet de fleurs ; on ajusta la porte, et l'on fit tourner dans la serrure une grosse clef de fer. Cette nuit-là, les paysans fatigués redescendirent au village, mais le moine Thérapion coucha près de la chapelle qu'il avait élevée, et toute la nuit les plaintes de ses prisonnières l'empêchèrent délicieusement de dormir. Il était compatissant, néanmoins, car il s'attendrissait sur un ver foulé aux pieds, ou sur une tige de fleur rompue par le frôlement de son froc, mais il était pareil à un homme qui se réjouit d'avoir emmuré entre deux briques un nid de jeunes vipères.

Le lendemain, les paysans apportèrent du lait de chaux, ils badigeonnèrent le dedans et le dehors de la chapelle, qui prit alors l'aspect d'une blanche colombe blottie sur le sein du rocher. Deux villageois moins peureux que les autres s'aventurèrent dans la grotte pour blanchir ses parois humides et poreuses, afin que l'eau des sources et le miel des abeilles cessent de suinter à l'intérieur du bel antre et de soutenir la vie défaillante des femmes

fées. Les Nymphes affaiblies n'avaient plus la force nécessaire pour se manifester aux humains ; à peine, çà et là, se devinaient vaguement dans la pénombre une jeune bouche contractée, deux frêles mains suppliantes, ou la pâle rose d'un sein. Ou, de temps à autre, en promenant sur les aspérités du rocher leurs gros doigts blanchis par la chaux, les paysans sentaient fuir une chevelure souple et tremblante comme ces capillaires qui poussent dans les endroits humides et abandonnés. Le corps défait des Nymphes se décomposait en buée, ou s'apprêtait à tomber en poussière comme les ailes d'un papillon mort ; elles gémissaient toujours, mais il fallait prêter l'oreille pour écouter ces faibles plaintes ; ce n'était déjà plus que des âmes de Nymphes qui pleuraient.

Toute la nuit suivante, le moine Thérapion continua de monter sa garde de prière au seuil de la chapelle, comme un anachorète dans le désert. Il se réjouissait de penser qu'avant la nouvelle lune les plaintes auraient cessé, et que les Nymphes mortes de faim ne seraient plus qu'un impur souvenir. Il priait pour hâter cet instant où la mort délivrerait ses prisonnières, car il commençait bien malgré lui à les plaindre, et il s'en voulait de cette honteuse faiblesse. Personne ne montait plus jusqu'à lui ; le village lui semblait aussi éloigné que s'il avait été situé sur l'autre rebord du monde ; il n'apercevait sur le versant opposé de la vallée que de la terre rouge, des pins, et un sentier à demi caché sous les aiguilles

d'or. Il n'entendait que ces râles qui allaient diminuant toujours, et le son de plus en plus enrôué de ses propres prières.

Au soir de ce jour-là, il vit sur le sentier une femme qui venait vers lui. Elle marchait la tête basse, un peu voûtée ; son manteau et son écharpe étaient noirs, mais une lueur mystérieuse se faisait jour à travers cette étoffe obscure, comme si elle avait jeté la nuit sur le matin. Bien qu'elle fût très jeune, elle avait la gravité, la lenteur, la dignité d'une très vieille femme, et sa suavité était pareille à celle de la grappe mûrie et de la fleur embaumée. En passant devant la chapelle, elle regarda attentivement le moine, qui en fut dérangé dans ses oraisons.

— Ce sentier ne conduit nulle part, femme, lui dit-il. D'où viens-tu ?

— De l'Est, comme le matin, dit la jeune femme. Et que fais-tu ici, vieux moine ?

— J'ai muré dans cette grotte les Nymphes qui infestaient encore la contrée, dit le moine, et devant l'ouverture de l'ancre, j'ai bâti une chapelle, qu'elles n'osent pas traverser pour fuir, car elles sont nues, et à leur manière elles craignent Dieu. J'attends qu'elles meurent de faim et de froid dans leur caverne, et quand ce sera fait, la paix de Dieu régnera sur les champs.

— Qui te dit que la paix de Dieu ne s'étend pas aux Nymphes comme aux biches et aux troupeaux de chèvres ? répondit la jeune femme. Ne sais-tu pas qu'au temps de la création Dieu oublia

de donner des ailes à certains anges, qui tombèrent sur la terre et s'établirent dans les bois, où ils formèrent la race des Nymphes et des Pans ? Et d'autres s'installèrent sur une montagne, où ils devinrent des dieux olympiens. N'exalte pas, comme les païens, la créature aux dépens du Créateur, mais ne sois pas non plus scandalisé par Son œuvre. Et remercie Dieu dans ton cœur, pour avoir créé Diane et Apollon.

— Mon esprit ne s'élève pas si haut, dit humblement le vieux moine. Les Nymphes troublent mes ouailles et mettent en danger leur salut, dont je suis responsable devant Dieu, et c'est pourquoi je les poursuivrai s'il le faut, jusqu'en Enfer.

— Et ce zèle te sera compté, honnête moine, dit en souriant la jeune femme. Mais n'aperçois-tu pas un moyen de concilier la vie des Nymphes et le salut de tes ouailles ?

Sa voix était douce comme une musique de flûtes. Le moine inquiet baissa la tête. La jeune femme lui posa la main sur l'épaule et lui dit gravement :

— Moine, laisse-moi entrer dans cette grotte. J'aime les grottes, et j'ai pitié de ceux qui y cherchent refuge. C'est dans une grotte que j'ai mis au monde mon enfant, et c'est dans une grotte que je l'ai confié sans crainte à la mort, afin qu'il subisse la seconde naissance de la Résurrection.

L'anachorète s'écarta pour la laisser passer. Sans hésiter elle se dirigea vers l'entrée de la caverne, dissimulée derrière l'autel. La grande

croix en barrait le seuil ; elle l'écarta doucement comme un objet familier, et elle se glissa dans l'antre.

On entendit dans les ténèbres des gémissements plus aigus, des pépiements et des espèces de froissements d'ailes. La jeune femme parlait aux Nymphes en une langue inconnue, qui était peut-être celle des oiseaux ou des anges. Au bout d'un instant, elle reparut au côté du moine, qui n'avait pas cessé de prier.

— Regarde, moine, dit-elle, et écoute.

D'innombrables petits cris stridents sortaient de dessous son manteau. Elle en écarta les pans, et le moine Thérapiion vit qu'elle portait dans les plis de sa robe des centaines de jeunes hirondelles. Elle ouvrit largement les bras, comme une femme en prière, et donna ainsi la volée aux oiseaux. Puis elle dit, et sa voix était claire comme le son d'une harpe :

— Allez, mes enfants.

Les hirondelles délivrées filèrent dans le ciel du soir, dessinant du bec et de l'aile d'indéchiffrables signes. Le vieillard et la jeune femme les suivirent un instant du regard, puis la voyageuse dit au solitaire :

— Elles reviendront chaque année, et tu leur donneras asile dans mon église. Adieu, Thérapiion.

Et Marie s'en alla par le sentier qui ne menait nulle part, en femme à qui il importe peu que les chemins finissent, puisqu'elle sait le moyen de marcher dans le ciel. Le moine Thérapiion descen-

dit au village, et, le lendemain, quand il remonta célébrer la Messe, la grotte des Nymphes était tapissée de nids d'hirondelles. Elles revinrent chaque année ; elles allaient et venaient dans l'église, occupées à nourrir leurs petits ou à consolider leurs maisons d'argile, et souvent le moine Thérapion s'interrompait dans ses prières pour suivre avec attendrissement leurs amours et leurs jeux, car ce qui est interdit aux Nymphes est permis aux hirondelles.

kâli décapitée

Kâli, la déesse terrible, rôde à travers les plaines de l'Inde.

On la rencontre simultanément au Nord et au Sud, et à la fois dans les lieux saints et dans les marchés. Les femmes tressaillent sur son passage ; les jeunes hommes, dilatant les narines, s'avancent sur le seuil des portes, et les petits enfants qui vagissent savent déjà son nom. Kâli la Noire est horrible et belle. Sa taille est si fine que les poètes qui la chantent la comparent au bananier. Elle a des épaules rondes comme le lever de la lune d'automne ; des seins gonflés comme des bourgeons près d'éclorre ; ses cuisses ondoient comme la trompe de l'éléphanteau nouveau-né, et ses pieds dansants sont comme de jeunes pousses. Sa bouche est chaude comme la vie ; ses yeux profonds comme la mort. Elle se mire tour à tour dans le bronze de la nuit, dans l'argent de l'aurore, dans le cuivre du crépuscule, et, dans l'or de midi, elle se contemple. Mais ses lèvres n'ont jamais souri ; un chapelet d'ossements s'enroule

autour de son cou mince, et, dans sa figure plus claire que le reste de son corps, ses vastes yeux sont purs et tristes. Le visage de Kâli, éternellement mouillé de larmes, est pâle et couvert de rosée comme la face inquiète du matin.

Kâli est abjecte. Elle a perdu sa caste divine à force de se livrer aux parias, aux condamnés, et son visage baisé par les lépreux s'est recouvert d'une croûte d'astres. Elle s'étend contre la poitrine galeuse des chameliers venus du Nord, qui ne se lavent jamais, à cause des grands froids ; elle couche sur des lits de vermine avec des mendiants aveugles, elle passe de l'embrassement des Brahmanes à celui des misérables, race infecte, souillure de la lumière, qu'on charge de baigner les cadavres ; et Kâli étalée dans l'ombre pyramidale des bûchers s'abandonne sur les cendres tièdes. Elle aime aussi les bateliers, qui sont rudes et forts ; elle accepte jusqu'aux Noirs qui servent dans les bazars, plus battus que des bêtes de somme ; elle frotte sa tête contre leurs épaules écorchées par le va-et-vient des fardeaux. Triste comme une fiévreuse qui ne parviendrait pas à se procurer d'eau fraîche, elle va de village en village, de carrefour en carrefour, à la recherche des mêmes délices mornes.

Ses petits pieds dansent frénétiquement sous leurs anneaux qui tintent, mais ses yeux n'arrêtent pas de verser des larmes, sa bouche amère ne donne pas de baisers, ses cils ne caressent pas les joues de ceux qui l'étreignent, et son visage

reste éternellement pâle comme une lune immaculée.

Jadis, Kâli, nénuphar de la perfection, trônait au ciel d'Indra comme à l'intérieur d'un saphir ; les diamants du matin scintillaient dans son regard, et l'univers se contractait ou se dilatait selon les battements de son cœur.

Mais Kâli, parfaite comme une fleur, ignorait sa perfection, et, pure comme le jour, elle ne connaissait pas sa pureté.

Les dieux jaloux guettèrent Kâli un soir d'éclipse, dans un cône d'ombre, au coin d'une planète complice. Elle fut décapitée par la foudre. Au lieu de sang, un flot de lumière jaillit de sa nuque tranchée. Son cadavre en deux tronçons, jeté au gouffre par les Génies, roula jusqu'au fond des Enfers où rampent et sanglotent ceux qui n'ont pas aperçu ou ont refusé la lumière divine. Un vent froid souffla, condensa la clarté qui se mit à tomber du ciel ; une couche blanche s'amassa au sommet des montagnes, sous des espaces étoilés où il commençait à faire nuit. Les dieux-monstres, les dieux-bétail, les dieux aux multiples bras et aux multiples jambes, pareils à des roues qui tournent, fuyaient au travers des ténèbres, aveuglés par leurs auréoles, et les Immortels hagards regretèrent leur crime.

Les dieux contrits descendirent, le long du Toit du Monde, dans l'abîme plein de fumée où

rampent ceux qui existèrent. Ils franchirent les neuf purgatoires ; ils passèrent devant des cachots de boue et de glace où des fantômes rongés par le remords se repentent des fautes qu'ils ont commises, et devant des prisons de flamme où d'autres morts, tourmentés d'une convoitise vaine, pleurent les fautes qu'ils ne commirent pas. Les dieux s'étonnaient de trouver chez les hommes cette imagination infinie du Mal, ces ressources et ces angoisses innombrables du plaisir et du péché. Au fond du charnier, dans un marécage, la tête de Kâli ondoyait comme un lotus, et ses longs cheveux noirs nageaient autour d'elle comme des racines flottantes.

Ils recueillirent pieusement cette belle tête ensanglée et se mirent en quête du corps qui l'avait portée. Un cadavre décapité gisait sur la berge. Ils le prirent, posèrent le chef de Kâli sur ces épaules et ranimèrent la déesse.

Ce corps était celui d'une prostituée, mise à mort pour avoir essayé de troubler les méditations d'un jeune Brahmane. Privé de sang, ce pâle cadavre paraissait pur. La déesse et la courtisane avaient sur la cuisse gauche le même grain de beauté.

Kâli ne retourna plus, nénuphar de la perfection, trôner au ciel d'Indra. Le corps, auquel sa tête divine était jointe, avait la nostalgie des quartiers mal famés, des caresses interdites, des

chambres où les prostituées, méditant de secrètes débauches, guettent l'arrivée des clients à travers des persiennes vertes. Elle devint la séductrice des enfants, l'incitatrice des vieillards, la maîtresse despotique des jeunes hommes, et les femmes de la ville, négligées par leurs époux et se considérant comme des veuves, comparaient le corps de Kâli aux flammes du bûcher. Elle fut immonde comme le rat des égouts et détestée comme la belette des champs. Elle vola les cœurs comme un lambeau d'entrailles aux étals des tripiers, les fortunes liquéfiées poissaient ses mains comme des rayons de miel. Sans repos, de Bénarès à Kapilavistu, de Bangalore à Srinagar, le corps de Kâli entraînait avec lui la tête déshonorée de la déesse, et ses yeux limpides continuaient à pleurer.

Un matin, à Bénarès, Kâli, ivre, grimaçant de fatigue, sortit de la rue des courtisanes. Dans la campagne, un idiot qui bavait tranquillement, assis au bord d'un tas de fumier, se leva sur son passage et se mit à courir derrière elle. Déjà, il n'était plus séparé de la déesse que par la longueur de son ombre. Kâli ralentit son pas et laissa l'homme approcher.

Quand il l'eut quittée, elle reprit son chemin vers une ville inconnue. Un enfant lui demanda l'aumône ; elle ne l'avertit pas qu'un serpent prêt à frapper se dressait entre deux pierres. Une fureur l'avait prise contre tout ce qui vit, en même

temps qu'un désir d'en augmenter sa substance, d'anéantir les créatures tout en s'en assouvissant. On la rencontrait accroupie aux abords des cimetières ; sa bouche craquait des ossements comme la gueule des lionnes. Elle tua comme l'insecte femelle qui dévore ses mâles ; elle écrasa les êtres qu'elle enfantait comme une laie qui se retourne sur sa portée. Ceux qu'elle exterminait, elle les achevait en dansant sur eux. Ses lèvres maculées de sang exhalaient une fade odeur de boucherie, mais ses embrassements consolait ses victimes, et la chaleur de sa poitrine faisait oublier tous les maux.

A l'orée d'une forêt, Kâli fit la rencontre du Sage.

Il était assis les jambes croisées, les paumes posées l'une sur l'autre, et son corps décharné était sec comme du bois préparé pour le bûcher. Personne n'aurait pu dire s'il était très jeune ou très vieux ; ses yeux qui voyaient tout étaient à peine visibles sous ses paupières baissées. La lumière autour de lui se disposait en auréole, et Kâli sentit monter des profondeurs d'elle-même le pressentiment du grand repos définitif, arrêt des mondes, délivrance des êtres, jour de béatitude où la vie et la mort seront également inutiles, âge où Tout se résorbe en Rien, comme si ce pur néant qu'elle venait de concevoir tressaillait en elle à la façon d'un futur enfant.

Le Maître de la grande compassion leva la main pour bénir cette passante.

— Ma tête très pure a été soudée à l'infamie, dit-elle. Je veux et ne veux pas, souffre et pourtant jouis, ai horreur de vivre et peur de mourir.

— Nous sommes tous incomplets, dit le Sage. Nous sommes tous partagés, fragments, ombres, fantômes sans consistance. Nous avons tous cru pleurer et cru jouir depuis des séquelles de siècles.

— J'ai été déesse au ciel d'Indra, dit la courtisane.

— Et tu n'étais pas plus libre de l'enchaînement des choses, et ton corps de diamant pas plus à l'abri du malheur que ton corps de boue, et de chair. Peut-être, femme sans bonheur, errant déshonorée sur les routes, es-tu plus près d'accéder à ce qui est sans forme.

— Je suis lasse, gémit la déesse.

Alors, touchant du bout des doigts les tresses noires et souillées de cendre :

— Le désir t'a appris l'inanité du désir, dit-il ; le regret t'enseigne l'inutilité de regretter. Prends patience, ô Erreur dont nous sommes tous une part, ô Imparfaite grâce à qui la perfection prend conscience d'elle-même, ô Fureur qui n'es pas nécessairement immortelle...